

Prólogo

Bruce G. Ferguson*



DOI: <http://DOI.ORG/10.52501/cc.476.00.01>

A lo largo de la historia, las pandemias han obligado a los seres humanos a romper con el pasado y a reimaginar su mundo. Esta no es una excepción. Es un portal entre un mundo y el siguiente. Podemos elegir atravesarlo, arrastrando tras de nosotros los cadáveres de nuestros prejuicios y nuestro odio, nuestra avaricia, nuestros bancos de datos e ideas muertas, nuestros ríos muertos y nuestros cielos llenos de humo. O podemos atravesarlo con ligereza, con poco equipaje, dispuestxs a imaginar otro mundo. Y dispuestxs a luchar por él.

Arundhati Roy

No es casual que la Red Mexicana de Huertos en Instituciones de Educación Superior (REMEHUIES) germina y florece durante la superposición entre la pandemia del COVID-19 y la explosión de la inteligencia artificial que permea por casi todos los rincones del quehacer humano. La pandemia sacudió nuestras formas de relacionarnos y de cuidarnos, a la vez que nos legó más herramientas y disposición para enredarnos a pesar de las distancias. Cómo academia, aún no terminamos de asimilar estos cambios cuando llega la IA a interrogar lo más fundamental de nuestro quehacer creativo y formativo, y a trastocar los horizontes laborales del estudiantado. Estos acontecimientos globales se suman con la incertidumbre que enfrenta la juventud por la policrisis socioambiental planetaria. En México, esta tormenta se intensifica aún más por el crimen organizado que depreda a la juventud de muchas maneras, y en donde la sociedad, así como el Estado han sido negligentes e incluso cómplices.

Estas sacudidas cada vez más frecuentes y graves acentúan la necesidad de replantear para qué, desde dónde y cómo nos educamos. ¿Cuáles son las capacidades que requiere la juventud

* Profesor Investigador en el Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3963-2024>. Correo electrónico: bferguson@ecosur.mx

para florecer en tierra tan degradada, y para aportar a la sanación de tantas heridas ecológicas y sociales? ¿Cómo podemos construir relaciones de confianza y cuidado en un contexto que parece indiferente ante las posibilidades de vida de generaciones posteriores? ¿Cómo encontramos significado en el trabajo académico cuando pareciera que las máquinas que hemos creado ya generan conocimientos con mayor eficiencia y eficacia que los mismos seres humanos?

Preguntas como éstas rodean el quehacer de la academia actual, y apenas empezamos a abordarlas, o incluso, en muchos casos, reconocerlas. No obstante, sus respuestas parecen yacer en centrar potencialidades de nuestra especie que no están al alcance de los algoritmos, como la afectividad colectiva, el diálogo, la co-construcción, la reciprocidad, la biofilia, la reflexividad, la imaginación y el pensamiento crítico.

Este libro nos revela cómo los huertos educativos se vuelven escenarios para ensayar formas de aprender y de relacionarnos que responden a las inquietudes existenciales que alborotan el sector educativo. Las relaciones están al centro de cada uno de los capítulos; relaciones entre personas, entre humanos, con nuestros territorios, y con el entramado más amplio de la vida, entre academia y comunidad, entre la teoría y la práctica y entre distintas formas de comprender el mundo.

Al invitarnos a habitar de otras maneras los paisajes institucionales, los huertos nos brindan un sentido de pertinencia y agencia. Sirven además para integrar nuestras instituciones dentro de territorios más amplios, y para abrir el flujo de especies, ideas y saberes entre instituciones y los territorios en que se encuentran inmersos. Los huertos permeabilizan los muros de la academia al reflejar los simbolismos y luchas de los pueblos que nos rodean. Permiten que lo rural y lo urbano se redescubren en un plano más horizontal.

De esta manera, el aprendizaje situado en el huerto se vuelve aprendizaje con anclaje territorial. Los contenidos disciplinarios se encuentran y dialogan con los saberes comunitarios y con la experiencia vivida de cuidar y gestionar el huerto en colectivo. La agroecología se convierte en un modo de habitar y cuidar, y las artes la ilustran e interpretan.

Cuando los algoritmos y pantallas nos abstraen del mundo natural, los huertos nos recuerdan que somos un participante más en la trama de la vida; un animal social que prospera al compartir el trabajo, el gozo y las relaciones recíprocas. Nos ofrecen laboratorios sociales para innovar en nuestras formas de organizarnos. Nos recuerdan que somos capaces de cuidar la vida, no solo consumirla. Nos convocan a la reflexión crítica en torno a las narrativas dominantes de nuestra época; el crecimiento sin límites, la tecnología milagrosa que nos salvará de nuestra avaricia, la mano invisible que asegura la distribución óptima de los medios de supervivencia, y la supremacía de una especie, una etnia, un género o una forma de amar sobre otros. Nos enseñan a luchar para defender la vida y el bien común.

Ningún espacio formativo nos puede brindar todas las respuestas a los problemas perversos que nos azotan. No obstante, en los huertos podemos cultivar formas de pensar, actuar, relacionarnos y cuidar que nos devuelven nuestra capacidad de soñar y nuestro sentido de agencia.

Evidentemente, no pasa todo esto en todos los huertos universitarios, pero todo esto y mucho más ha pasado en los huertos descritos en este volumen. Así es como la REMEHUIES nos abre nuevos horizontes para co-construir una educación que se confronta con la fragmentación de las sociedades y los saberes; una educación que esté a la altura de las añoranzas de nuestra juventud.